

Lunes 16 de julio

Experimentemos. Es un decir. Yo voy a experimentar. Vosotros podéis acompañarme en este viaje, y tal vez terminéis entrando en la historia, aunque no hay nada seguro, ni siquiera ¡yo! sé qué va a pasar de aquí en adelante.

Empezaré poniéndome nombre. Uno especial. Fortuito. Bloss. No está mal. He teclado al azar. ¿Y cómo es Bloss? Sin duda es un tipo zorruno, de mediana edad, algo introvertido en la intimidad, belicoso en sociedad y con poca fe en la humanidad.

¿Bloss trabaja? No (si puede evitarlo): es un golfo. Oh, tampoco tiene pareja. Ni amigos, si bien conoce a todo el mundo y todo el mundo le conoce a él (o eso cree [todo el mundo]). Vive en un viejo piso que heredó de sus padres. Sí, están muertos y él lo celebra a diario.

Bloss Ñejer. Un nombre inconfundible para un hombre aún intangible. ¿Qué le gusta a nuestra peculiar creación? Por supuesto disfruta con la comida grasienta: como no le salen granos y tampoco engorda... Y, claro, fuma en todas partes (eso sí, con elegancia); a veces le llaman la atención, pero es peleón y suele acobardar a sus censores.

El alcohol, las drogas blanditas (de todo tipo), el cine (de culto), la música canalla, las mujeres provocativas, dormir, las jovencitas descaradas, ducharse con agua muy caliente (al principio) y muy fría (al final), las putas felices (de todo tipo), los paseos por la playa, las tapas picantes y armar camorra si lleva las de ganar.

Todo esto llena la vida de nuestro amigo. Se levanta, se ducha, se maquea, aborda la calle rebosando euforia y desayuna en la cafetería de la esquina. Le tira los tejos a la camarera (cada día) y, si puede, le soba el trasero. Luego se busca la vida.

Mañana o pasado mañana, Dios dirá, cuando me despierte, yo seré Bloss Ñejer y contaré mi historia. Día tras día escribiré mi vida y, quién sabe, tal vez termine siendo tan real como tú.

Martes 17 de julio

El espejo no miente. Me estoy haciendo viejo. Para colmo, si no me afeito, parezco un delincuente. Y cada día veo peor. Gafas, gafitas, gafotas... No puedo seguir así. Y esta dentadura... —me enseñó los dientes— necesita un buen repaso. «*Okey-key-ke*». Pasta, guita, parné: y con urgencia. Repasemos las posibilidades. ¡Cágüenla! Ekly, siempre Ekly.

No tengo salida. La cosa empieza a ponerse fea. Aunque, después de todo, Ekly es una madraza. Vale, algo dominante, pero ¡qué coño!, mira cómo estás... Quizá necesitas algunos mimos. ¡Eh, sí, los necesitas! Y más sexo tranquilo; bastante más. Joder, pensado y hecho, hoy mismo me declaro.

Claro que tampoco lo puedo hacer así, como si tuviera derecho... Si le entro a saco, me despacha por la vía rápida-rápida. Piensa, piensa, cabezón... Bien, lo primero es creérmelo: ¿la quiero? El tipo del espejo me mira con desconfianza. Vaya cara de-de-de-de... sinvergüenza. La pregunta es: ¿todavía le gusto?

Me he lavado la cara con ganas. Tres veces. Para despejarme. Y estoy así-así. Porque ayer me puse a gusto-a gustillo y todavía tengo las neuronas revueltas. Y el estómago. Ahora me peino. Canalla. Me lo digo cada mañana. Para que no se me olvide. Es que así me enfrento mejor al mundo.

Ekly, Ekly, Ekly... A ver, la invito a cenar, me pongo serio y saco el anillo. Una sortija de oro. Con un pequeño diamante. Desde luego, ella sabe que yo no voy a aportar gran cosa. Por otro lado, siempre está prestándome dinero, así que en ese sentido las cosas no van a cambiar... O sí —me quedo pensativo; enarco las cejas; saco la lengua y la muevo con estudiada impudicia; sonrío del revés—: porque, si nos casamos, lo suyo será mío y no tendré que devolverle nada.

La hija. *Tu-ru-ru-ru-ru-ru-ru-ru-ru*. Cabrona. Peor que la madre. Diecisiete años y ya es un bicho. *Pu-pu-pu-pu-pu-pu-pu-pu*. Le damos puerta. Que se vaya con su tía. No, no la soporto. Perdedor, perdedor, que eres un perdedor. Qué se habrá creído, la muy puta: ah, sí, es que todavía piensa que su culo mágico la va a sacar de la *putiferia*.

Puede ser: cuando le propinen una patada de las fuertes.

Miércoles 18 de julio

Ekly me mira. Ha pedido una pizza vegetal. Se cuida mucho. Ahora que se ha arreglado los piños, parece una actriz (porno [de carácter]). Sospecha algo, lo presiento, y también (¡presiento!) que ella está adivinando que yo intuyo sus recelos; y nuestras miradas, en vez de fundirse, chocan, riñen, se enfrentan.

—¿Qué tramas?

Me ha cazado, me digo, y con el volumen dado:

—Buff...

—A ti te pasa algo, ¿eh?

—Vale, te lo diré-te lo diré —pronuncio con desgana, y saco el estuche—. Para ti.

Lo coge, deja el contenido al descubierto y sonrío con cierta tristeza.

—Blossy, ¿qué es esto?

Cabrona-cabrona-¡cabrona!, le chillo de pensamiento, mordiendo las palabras (también de pensamiento). Y repli-co con sumisión (con mucha sumisión):

—¿Quieres casarte conmigo?

Ekly menea la cabeza. Mala señal. Aprieta los labios. Mal asunto. Abre su bolso, saca el pañuelo y se suena con finura: la cosa va a peor por momentos. Carraspea. No sé qué me va a decir, pero sí sé que me va a joder vivo de forma afectuosa. Me mira con asco y suelta:

—Así que no te has enterado...

Estiro la faz-faz-faz. Sin querer, la alargo todo lo que puedo. Siento la cara como una prolongación pública de mi frustrado pene. Porque Ekly me humilla una vez más, y en esta ocasión con una sutileza contundente. Me meto el meñique en el boquete auditivo mientras busco un buen golpe.

—Por lo visto, de un tiempo a esta parte no me entero de nada.

—Me voy dentro de unos días. Me caso. Creía que lo sabía. Pensaba que ésta era nuestra cena de despedida. Qué romántico, me dije, y, ¡cómo no!, me equivoqué. Llevo quince años equivocándome contigo. Joder, Blossy, eres un tipo de la peor clase. Y aún he tenido suerte, porque si te hubieras casado conmigo cuando ¡yo! te lo pedí...

»Claro que en aquellos tiempos todavía tenías a seis o siete periquitas rondándote, y así como quien no quiere la cosa, me diste puerta. Y yo te quería, ¿sabes? De hecho, te he querido hasta hace poco. Fíjate —y la puñetera me señala con un índice envenenadísimo—: el mes pasado hu-

biera aceptado tu proposición. Sí, aun sabiendo que sólo buscas quien te mantenga, me hubiera casado contigo (en la salud y en la enfermedad), aunque, ¡cómo no!, sé que tú habrías salido corriendo en cuanto yo cayese. Ay..., es que tenía debilidad por ti, eras mi príncipe canalla, el hombre que un día me dejaría babeando, porque estaba convencida de que ahí adentro había algo, y creía (¡creía!) que en el momento más inesperado lo sacarías para mí; no sé qué esperaba, ésa es la realidad, pero nunca perdí la esperanza; ¡yo qué sé!, un arranque de nobleza, un chispazo de dignidad, el quijotismo o la abnegación de los héroes.

»Cuando te pedí matrimonio, estaba enamorada como una colegiala. Hubiera dado la vida por ti. Y Fluxy te adoraba: ahora te odia y no le faltan motivos. Tenías todos los triunfos y pasaste. Pobre imbécil... Y te lo repito, hasta hace un rato creía en ti. Pensaba: mira, se ha enterado y quiere celebrarlo conmigo, nuestra historia de amor no ha tenido un final feliz pero se alegra de que yo deje el putaísmo.

»Y no. No. ¡No! Estás acabado, ¿eh? Sí, lo veo. Te haces viejo. ¿Cuántos? A ver, espera, déjame que saque cuentas. Ajá: cuarenta y tres: cinco más que yo. Y te has quedado solo... Bah, siempre puedes camelarte a una puta madura. O tal vez a una de esas viejas... Antes se te daban bien... —La zorróna se echa hacia atrás—. Je-je, ya no eres el *gigoló* glamuroso de antaño.

»Bueno, tampoco exageremos, todavía conservas tu atractivo animal y lo sabes. Así que te daré un consejo: deja de andar con lumis, búscate una mujer honrada y trabajadora, hazle tres hijos y cuida de ellos (de los cuatro). Ya que no sirves para trabajar, encárgate al menos de tu prole. Lo harías de maravilla, ¿sabes?, tienes madera de padre. Ah, y deja

el alcohol, el tabaco y los bares; en vez de eso, haz deporte, cuídate, porque si sigues así no tardarás en convertirte en un borrachín precanceroso con tos crónica.

Me paso la lengua por los dientes. ¿Y ahora qué digo? ¡Zorra-zorrón-zorrón! Y se ha quedado más ancha que larga... ¡Joder-joder! Y lo peor es que podría tener razón... ¡Sí, mírame, mírame hasta que me deshaga! No cabe duda: le doy pena. Ja-ja-ja, suerte que el joyero me devolverá el dinero, eso pienso yo (y encima rima). No me vas a hundir, golfa, y en voz alta:

—Así que era eso...

—Eso mismo. —Sonríe con benevolencia y baja la vista para ponerse la sortija—. Es preciosa... Haremos una cosa: me la quedo y deuda saldada, ¿vale? Te acuerdas, ¿no?

¡Cabrona!, gimo por dentro. ¡Putá! $\text{f}^{\text{th}}\delta\zeta\psi\phi^7/\text{g}\text{q}$! Mas mi lado caballeroso contesta:

—De acuerdo, pero tú pagas la cena. —Y señalándola con mi índice (también envenenadete), suelto con extrema suavidad, en un doloroso suspiro—: Es un diamante.

Jueves 19 de julio

He abierto los ojos hace un rato y no sabía con quién estaba. Al minuto me he acordado. He extendido el brazo y he tocado un trasero femenino. Después de una noche loca, es conveniente cerciorarse. Alguna que otra vez he despertado con una pareja... Que tampoco es tan malo...

Sí, la primera vez te quedas descolocado-avergonzado. Luego te acostumbras. Nos acostumbramos a todo. Anoche lo comentaba Ekly: «Al principio no le soportaba, me revolvió las tripas, un tipo repulsivo, pero a todo se acos-

tumbra una y ahora hasta me gustan —y con sus graciosos deditos ponía la palabra entre comillas— sus perversiones».

—Pues eso, que nos acostumbramos a todo. O a casi todo. Porque Ekly me ha jodido vivo y a eso no hay quien se acostumbre.

Debe de ser la crisis de los cuarenta. De unos meses a esta parte, cuando estoy alicaído, dialogo conmigo mismo. Y hasta utilizo dos registros vocales: el mío y el del supuesto interlocutor. Como si estuviera chiflado. Hace nada articulaba con voz atiplada:

—Todavía conservas tu atractivo animal.

—Ya, aunque tú te vas con el relamido ese... —me replicaba.

—Es que está forrado, chico; una familia de rancio abuelo; y sus padres acaban de pasar a mejor vida; los dos juntitos en dos mesecitos...

—No me jodas, Ekly: si me confesaste que tenía un ciruelo repugnante...

—Qué soez eres... —y entornaba los ojos como haría ella. A continuación, imitando su timbre, musitaba con aspereza—: mira, me alegro de dejar atrás todo esto.

Levanto la cabeza. La silueta de la chica llena el hueco de la puerta. Parece contrariada. Da unos pasos y se queda plantada en medio de la sala. Es joven. Menos de treinta. Y posee un cuerpo atlético. Me mira con cierta dureza y señala mi libreta-diario.

—¿Me estás poniendo nota?

Sonrío.

—¿Tienes café?

Ensancho la sonrisa. Asiento: con la barbilla, con los ojos, con un sonido nasal corto (casi inaudible).

Nos hemos presentado y ahora escribo en la cocina. Se llama Dedé. Acaba de terminar no sé qué carrera y su padre, que es editor, le ha propuesto que se tome un año sabático para escribir su primera novela. Estamos desayunando. Pan duro con crema de chocolate y café instantáneo. Lo ha preparado ella, el pan tostadito y el café supercalentito. Yo también vuelvo a estar calentito-calentito. Por sus peras-peritas-perotas, que se mueven como por iniciativa propia cuando ella unta los panecillos (tostaditos).

—¿Puedo leerlo?

Me paso la mano por la barbilla. Si quiero *tutti-frutti*, será mejor que me afeite, pienso. Escribiré una frase más. Para mi adorable Dedé: «¿Hace uno en la ducha?».

Viernes 20 de julio

Bien, soy Dedé: lo hicimos en la ducha y la historia es mía. No quería, pero le convencí. Eso sí, al final me sacó los ciento treinta euros que llevaba encima. La cosa ocurrió más o menos así:

—¿Eres escritor?

Confieso que al verle ahí sentado dándole a la estilográfica me sentí rara. Y por eso él escribió: «Parece contrariada». ¡Porque lo estaba! Bueno, la escritora soy yo; y él, mi personaje. Le elijo anteanoche y ayer por la mañana me lo encuentro escribiendo (¡y ahora sé que sobre mí!). Joder...

—No: es mi diario; necesitaba centrarme y pensé que escribir mis sensaciones...

—Ah, entiendo... ¿Puedo leerlo?

Se me quedó mirando de una forma indescriptible.

—¿Te da vergüenza? —inquirí sin convicción.